

El homenaje a "Clarín"

ciencia, su filosofía: la filosofía de Leopoldo Alas, o sea la expresión sintética, característica de aquella su compleja y rica personalidad; intentaba interpretar, elevándose a una concepción unitaria, la obra varia y dispersa del escritor y la labor del hombre. El caso era descubrir el motor íntimo, acertar, con el punto de vista comprensivo y esencial, definir la actitud filosófica del maestro con su proceso y sezalar la significación de valor universal de aquella actitud frente a los problemas estéticos y éticos que han constituido las preocupaciones dominantes lo mismo del Clarín de los *Paliques*, que del Clarín de los cuentos y del maestro de la cátedra.

El vigor estético, la fuerza constructiva del crítico, la enjundia creadora del escritor, en *La Regenta* como en *Zurita*, en *Apolo en Pafos* como en *Teresa*, en *El Señor* al igual que *Los Solos*, todo se explica por qué Leopoldo Alas, estilista, humorista, satírico, novelista, pensador, tenía, y lo revelaba pluma en mano, una honda preparación filosófica que, suscitaba en él, a cada instante, la preocupación o la sed de lo absoluto, y con ella las perspectivas de lo inefable.

Me fué imposible llevar adelante mi empeño. Demasiado fresco el dolor, faltaba al principio la serenidad indispensable. Luego, muy pronto, la vida me obligó a tomar derroteros que interrumpieron bruscamente la continuidad y la tensión del esfuerzo, robándome las horas que proyectara dedicar a la tarea reflexiva de desentrañar la filosofía de la obra de Clarín. Y así pasaron los años y la *Filosofía de Leopoldo Alas* no pasó de las primeras notas que por perdidas tenía.

Más las mismas peripecias de la vida arrancáronme, ya viejo, pero no vencido, de las labores absorbentes de la acción, cerca de las funciones de gobierno, y al sentirme libre y casi solo conmigo mismo, vuelve la *Filosofía de Leopoldo Alas* a solicitar el espíritu. E incita a ello, además, el ambiente. Clarín, olvidado como tantos otros grandes valores del gran siglo XIX, renace, frecuentemente se producen serias indicaciones de curiosidad intelectual encaminadas a revisar a la luz de ahora, que no será la de 1900, la significación estética y esencial del autor de *La Regenta*, de *Doña Berta*, de los *Cuentos* y de los *Paliques*. Proyéctase perpetuar en Oviedo, en la querida Vetusta, la memoria del gran crítico y maestro, con recuerdo asentado allá en los jardines del Campo de San Francisco, que él gozara como pocos... Colmaría mi ambición de hombre que tiene la manía, que no llamaré «funesta», de escribir, si me fuera dable contribuir modestamente, como me corresponde, a este renacer del interés por la obra de Clarín.

ADOLFO POSADA

(De *La Nación*, Buenos Aires).



Días pasados, en el Norte de España, hice un breve viaje, uno de tantos viajes, de San Sebastián a Hendaya. En el corto paseo por los andenes de la estación, antes de ascender al coche, me detuve ante la locomotora. La vista de la máquina—que yo ya conocía—tornó a causarme la misma impresión de otras veces: impresión de melancolía. Esa locomotora que yo tenía ante los ojos representaba para mí treinta años de literatura. Y se comprendía, en esta evocación literaria, las letras antiguas de España y las letras modernas. Y dentro de las letras modernas, la locomotora me hacía recordar, singularmente, uno de los hombres más eminentes del pensamiento español contemporáneo. «¡Cuántas cosas — exclamará tal vez, incrédulo y socarrón, el lector;— cuántas cosas hace recordar una locomotora! ¡Y cosas literarias!» Y cosas literarias, sí, lector. La locomotora era vieja; se la utiliza sólo en trenes cortos y lentos. En el negro cilindro de su caldera, unas letras doradas, dentro de un dorado filete de cobre, decían: *Tirso de Molina*. Otras locomotoras, análogas a ésta, llevan los nombres de Moreno Nieto, Churruga, Murillo, Jorge Juan.

La locomotora *Tirso de Molina* ha inspirado una de las páginas más bellas de la literatura española moderna. Una madrugada invernal, nivosa, en el puerto de Pajares, caen del cielo, por acaso, cuatro o seis personajes ilustres; uno de ellos es Tirso de Molina. La negrura de la noche, la niebla y la nieve, no les dejan ver el camino; pero entre las sombras advierten dos largos trazos que relucen: son los rieles del camino de hierro. Los ilustres fantasmas no aciertan a comprender para qué sirven aquellos dos largos, interminables, pedazos de hierro. Y estando discutiendo, entre la niebla, en el silencio pavoroso de la noche, se oye un espantable rugido y se ve avanzar un monstruo con unos anchos ojos blancos y rojos. Quedan todos los insignes personajes perplejos y asombrados. De pronto, el autor del *Burlador de Sevilla* se acerca un poco al temeroso monstruo y lee en su negra panza: *Tirso de Molina*. Y puede imaginar el lector el asombro que a Gabriel Téllez le produce el descubrimiento de su nombre en el vientre de la terrible alimaña, y la conversación—interesantísima—que entre los eminentes personajes se entabla con objeto de aclarar este misterio.

El cuento *Tirso de Molina* figura en uno de los volúmenes de cuentos de *Clarín*. De *Clarín* no se ha recogido todo en volúmenes. La serie de sus obras completas que se comenzó a publicar, es deplorable. En la colección de *Madrid Cómico*, por ejemplo, existen muchísimos trabajos de Alas que merecerían ser recogidos y ordenados. En el *Madrid Cómico* se publicó uno de los más curiosos trabajos de *Clarín*: su relato de un imaginado homenaje a Campoamor. (Número del 17 de febrero de 1894).

El presidente del Consejo, D. Antonio Cánovas del Castillo, ha decidido que se le tribute un gran homenaje nacional al ilustre poeta. La aristocracia española—cosa no muy verosímil—se asocia al homenaje. Llega a la estación del Norte, en Madrid, Campoamor, en un coche en que le acompañan la señora de Cánovas, la duquesa de Alba y doña Emilia Pardo Bazán. D. Antonio Cánovas del Castillo está ya en los andenes esperando. Multitud de aristócratas y literatos, señoras y caballeros, llenan los coches del tren. El viaje es agradable. En Oviedo espera a los viajeros una muchedumbre inmensa. Una voz grita: «¡A la Catedral!», y todos se ponen en marcha hacia la bella Catedral ovetense. Quien ha dado la voz ha sido el senador por la Universidad de Oviedo: D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Campoamor no se acuerda apenas de su tierra. Levante, el mar latino, las riberas del Mediterráneo, le han hecho perder la memoria de Asturias. Y ahora siente resurgir en su corazón el amor a esta tierra asturiana, tan hermosa, romántica por la geología—dice *Clarín*—y virgílica en la sobrehoz. Campoamor, que no ha descrito nunca el paisaje de Asturias, promete hacerlo en un poema próximo. Las fiestas que en Oviedo se celebran en honor de Campoamor son espléndidas. Se organiza una expedición a Covadonga. Y al final del artículo, en Covadonga, Cánovas anuncia que el año próximo se celebrará en la histórica cueva otro homenaje, otro homenaje nacional, y éste en honor a Castelar. Castelar—cosa grandiosa—hablará de España, de la España de todos los siglos posteriores a la Reconquista, desde la cuna de la nacionalidad española.

Leopoldo Alas sentía predilección por Campoamor. En el *Madrid Cómico* del 20 de enero de 1894, hablando de Campoamor y Núñez de Arce, escribe: «Los dos son primeros; Núñez de Arce, primero de la derecha, por ejemplo, y Campoamor, primero de la izquierda». Y añadía *Clarín*: «Y yo soy zurdo». Sí; él era de Campoamor. Le ligaba a Campoamor una evidente analogía en la contextura del espíritu. En Campoamor no existe ni color ni música. En 1840 se publican dos libros que llevan el mismo sencillo título: *Poesías*. El uno es de Espronceda; el otro, de Campoamor. ¡Y qué inmensa distancia entre uno y otro! Espronceda es todo musicalidad y color; su poema *La noche* es una estupenda maravilla de musicalidad; no existe ejemplo más alto en nuestro Parnaso; diríase un nocturno de Chopin. Las palabras llegan en su melodía a lo supremo. En Campoamor no hay más que ideas, conceptos, sentimiento limpio, fino, de una intensidad de emoción extraordinaria. La idea abstracta, el concepto, la emoción en el sentir, es precisamente la nota dominante en *Clarín*.

Alas, tras la forma externa de las cosas, más allá del color y de la música, busca la esencia de la idea. Y ese sentido del mundo,